

César Aira

El gran misterio

de

Lectulandia

Un científico que practica la lógica del azar; una mansión decimonónica de ecos góticos; una hija adoptiva de quien sabemos poco y nada; dos abogados hallados en una biblioteca que desaparecen en pleno trámite de divorcio; una esposa que desde el primer día teme la invención de un rayo desintegrador destinado a suprimirla; un genio que duerme parado y habita en el protagonista; un descubrimiento revolucionario que el tiempo ha convertido en algo cotidiano. Con esos elementos se construye *El gran misterio*, la novela número 100 de César Aira.

Lectulandia

César Aira

El gran misterio

ePub r1.0

lenny 22.12.2018

Título original: *El gran misterio*

César Aira, 2018

Diseño de cubierta: Nacho Jankowski

Obra de cubierta: Versión en negativo de *Panal s/t*, de Augusto Zanela

Editor digital: lenny

ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El gran misterio

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Epílogo

Sobre el autor

Prólogo

Amaneceres, cajas, sillones, terrenos, torres. Obstáculos, taxis, redes. La enumeración de las cosas. La enumeración es una cosa más. Oro, cubo, terremoto, perspicacia. Podría seguir indefinidamente. Vaso, agua, pez, rana, camisa, yo. Ni siquiera los diccionarios más completos contienen los nombres de todas las cosas, de algunas porque se inventaron después de que se escribiera el diccionario, de otras porque son nombres en otros idiomas. Y los nombres son apenas una parte, un aspecto de lo que nombran, el lado al que da la luz. Frascos llenos, frascos vacíos, la belleza de los santos, el extremo. Si hasta para describir esa proliferación hay que usar las palabras que la nombran o describen, por ejemplo la palabra «proliferación». La palabra obvia. Los sentimientos (la euforia al creer que se ha completado la lista, después el desaliento ante el manar incesante de las cosas), los innumerables sentimientos que también tienen nombres y se enlazan entre las cosas como las cobras de la selva. Selva, cobra, cabra, cebra. Y no olvidemos que todo este bazar millonario no tendría vida sin los verbos. Vivir y aprender. Cruzar la calle. Beber del vaso. La calle y el vaso se animan con impulsos eléctricos provenientes de lo más hondo de su estructura significativa. Ahí deja de ser un juego mental gratuito. De pronto nos concierne. No sólo los hemos puesto en práctica sino que son la materia misma del tiempo que hemos vivido. Si un hombre tuviera frente a él la lista de todos los verbos, creo que podría recorrerla del principio al fin sin encontrar uno solo que él no hubiera ejecutado. ¿Qué no hizo, en algún momento de su vida? Hasta los verbos que a simple vista pudieran parecerle más ajenos, los habrá actuado alguna vez. ¿Matar? No habrá matado a un prójimo, pero sí una mosca, o una hormiga. ¿Condescender? Lo mismo. ¿Volar? Puede no haber remontado nunca el aire en un globo, pero quién no ha dejado volar la imaginación. Si no es literal, es en metáfora. Las metáforas son como las máquinas primitivas, ruidosas, escondidas bajo tierra. Nunca las alumbran las albas como a nosotros.

Para hacer todo lo que hacemos, debe estar preparado el escenario de la acción, con toda la utilería necesaria. El mundo material debe estar en su lugar, perfectamente ordenado, y completo. No puede faltar nada. Un destornillador o un diamante pueden parecernos superfluos, si nos hemos mantenido ajenos al trabajo de reparar aparatos o engarzar gemas en una corona real; pero otros lo hacen. Y hay trabajos que hacemos todos. Vivir. Se hace indispensable el plato de comida, y el tenedor, y la casa, el techo, la cama. Para escribir: el papel, la lapicera, la tinta. ¿De dónde salieron las cosas? ¿Quién las hizo? Considerando su cantidad, su variedad, la especialización tan precisa con que se ajustan las cosas a las innumerables acciones que sufren o propician, quedo perplejo, aturdido. ¿Responden a un plan, o las distribuyó el azar y la ocasión? No puedo aceptar la idea de una divinidad creadora:

soy un científico. Aunque le dije adiós a la ciencia, mi andamiaje mental sigue respondiendo a su rigor.

Tampoco puedo aceptar que hayamos sido nosotros, los hombres, los que las hicimos. La historia de la humanidad es demasiado breve para tanta invención, tanta fabricación y adaptación a los usos y abusos. Sobre todo porque éstos han estado cambiando siempre y el plasma humano, moviéndose con la lentitud y la pesadez de un hipopótamo, jamás habría podido seguirle el ritmo. Pero la falta de tiempo es lo de menos. Más decisiva es nuestra capacidad, que haría directamente imposible una tarea tan compleja como la invención, producción y colocación en el tiempo y el espacio de las cosas y sus nombres. Si bien no soy de naturaleza sociable, y mis estudios y trabajos me han mantenido relativamente aislado del común de la gente, he tenido el trato suficiente con los seres de mi especie para apreciar sus abismales limitaciones mentales. De mil hombres, uno solo puede articular algo inteligente una vez al año. No es que yo sea un misántropo: soy realista. Además, no tengo que salir a la calle para sacar conclusiones, las tengo al alcance de la mano, en mí mismo. ¿Qué podría haber hecho yo? Soy un genio, y no podría hacer una silla ni en mil años. Y aunque pudiera fabricar algo parecido a una silla, ayudado por la suerte, ¿cómo le encontraría un nombre, y cómo saber para qué podría servir, si no me lo dicen? Y un mueble, dentro de todo, es algo simple, su nombre y función vienen más o menos implícitos en su forma. Hay objetos mil veces más difíciles de hacer. No es necesario ir a buscarlos muy lejos, pueden estar aquí mismo en la mesa de café donde escribo esto. Delante de un terrón de azúcar me quedo con la boca abierta, paralizado como ante el enigma de la Santísima Trinidad. ¿De dónde salieron esos granitos blancos? ¿Cómo hicieron para pegarlos unos contra otros? ¿Cómo les dieron esa forma elegante de cubo ligeramente achatado? El cerebro se traba ante esas preguntas, aun un cerebro privilegiado como el mío.

La única explicación que se me ocurre es que las cosas ya estaban hechas, creadas y nombradas por una civilización de seres superiores, que se extinguieron y las dejaron abandonadas. En sus ruinas vinimos a instalarnos nosotros, y utilizamos todo lo que ellos habían dejado, creyendo que era un menaje prístino y no los restos que en realidad son, mutilados, roídos por los milenios. Sólo podemos especular sobre lo que eran originalmente las cosas; aunque ni siquiera nos molestamos en especular; nos las arreglamos con lo que quedó. Usamos un lavarropas y quedamos muy satisfechos con su prestación, creyendo que eso es todo lo que puede hacer; ignoramos que antes de que se deteriorara era una máquina que quizás podía efectuar miles de servicios, como licuar átomos para producir lluvia, clonar liebres, rectificar motores a distancia, y otras funciones que ni sospechamos; el tiempo y el abandono lo redujeron a la limitada y banal utilidad de lavar la ropa. Un terrón de azúcar que hoy apenas alcanza para endulzar la taza de té, quizás, antes de que venciera, hace veinte mil años, pudo ser un activador neuronal que le permitía a su consumidor resolver ecuaciones

mientras dormía, o bailar la jiga cabeza abajo, además de proporcionarle felicidad y erecciones.

Con todas las cosas podría estar pasando lo mismo. Y con algo más que aquella laboriosa y antiquísima civilización dejó en el mundo al extinguirse: el lenguaje. Otra cosa que encontramos ya hecha y en un lamentable estado de abandono que le hizo perder casi todas sus propiedades. Con las pocas que le quedaron, adaptadas mal que bien a nuestras necesidades, nos comunicamos y escribimos libros. Qué pobres nos sentiríamos si supiéramos el tesoro de significación que había albergado la palabra «por», a la que no le damos más uso que el de preposición, prácticamente desprovista de sentido. Y si nos admiramos de que una palabra tenga dos acepciones, como «piloto», cuánto más nos admiraría verla en su condición original, cuando tenía cuatrocientas acepciones y servía para espantar moscas y curar el hipo. Si esto es así, en nuestra relación con el lenguaje somos como los niños pobres, que se conforman con juguetes mal hechos, que más que juguetes son pedazos de madera a los que la imaginación más que la talla les da forma.

Es una hipótesis, claro, pero explicaría mucho. Sin embargo, no puedo darme por satisfecho con una hipótesis, yo menos que nadie. No debo dejar madurar mi perplejidad. Que otros se queden plantados ante las puertas del Gran Misterio. Yo las abriré.

¿O no? Estas declaraciones de propósitos altisonantes no convencen ni al que las profiere. Menos podrían convencerme a mí, que hice del método mi razón de ser. Lo mío no es derribar puertas a puntapiés, sino probar llave tras llave hasta oír el suave clic que tranquiliza y gratifica. Debo reducir las incógnitas, para lo cual antes tengo que analizar el Gran Misterio, dividirlo en los pequeños misterios que lo conforman, tomar uno, investigarlo a fondo, rastrear sus raíces y consecuencias. Una vez que termine con uno, pasar a otro y someterlo a la misma inquisición. Salvo que no sea necesario porque podría bastar con uno, uno solo podría entregarme las claves. Si no fuera así, seguir con un segundo, un tercero, triangular, comparar, si es necesario agotar toda la provisión de misterios, cosa que me llevaría una eternidad. Claro que en el camino podría arriesgar una generalización, y ponerla a prueba, y dejar descansar por unos minutos al pensamiento cansado.

Capítulo 1

El marbete de Genio que me pegaron en la frente desde la época ya lejana de mi gran descubrimiento no fue algo que yo asumiera de modo acrítico. Fiel a mis hábitos científicos, lo racionalicé: significaba que yo, que no me sabía ni creía un Genio, estaba habitado por uno. Soy consciente de que en algunos idiomas hay dos palabras diferentes para el genio de las artes y las ciencias, y para el genio de los cuentos orientales (en inglés por ejemplo, «genius» y «genie» respectivamente). Pero en mi lengua hay una sola palabra, y debí aceptarlo. Para que el mundo me tuviera por un Genio A yo debía tener adentro un Genio B. Se erguía dentro de mí, turbante y todo, majestuoso, exótico, hacía de mí su espacio de aparición, me convertía en palacio y lo llenaba con su luz sobrenatural. Así había sido desde mi primera juventud, me atrevo a decir que desde antes de que mi descubrimiento que cambió el mundo justificara el mote. ¿Cómo habría descubierto nada si no, sin haber hecho estudios ni tener la menor predisposición natural para el rubro del saber que elegí? Había convivido con el Genio, aunque sin terminar nunca de identificarme con él. Somos demasiado diferentes, yo el prototipo del científico occidental, todo Razón y Método, él oriental y fabuloso. Yo de levita y plastrón, él con el torso desnudo y las babuchas de seda azul. Yo real, él fantástico.

Ocupa un lugar importante de mi espacio interior, no sólo el mental sino también el físico, abriéndose paso entre mis órganos, con un movimiento que tiene algo de las mareas lunares y algo de la arrogancia repentista del Astro Rey. Lo que no quiere decir que sea una fuerza convulsiva dentro de mí, lejos de ello. Si hubiera alguna comunicación entre nosotros tendría que agradecerle que no ejerza su dominio, que reputo enorme. Se mantiene en un discreto segundo plano, servicial, inofensivo como un espejismo, perdido en sus ensoñaciones. La única divergencia que tenemos en el plano físico es que cuando me acuesto él permanece erguido. Eso puede deberse, supongo, a que levantarse le llevó siglos, y no quiere arriesgarse a tener que repetir el proceso. En la cama, yo estoy horizontal, él vertical. La figura perpendicular que formamos en la oscuridad de la noche debe de ser bastante extraña. Pero, justamente por la oscuridad, nadie la ve. Y si alguien la viera, creería estar soñando.

La modestia me habría impedido llamarme un Genio, o hacer la menor alusión a ser habitado por uno. Fueron los demás los que lo hicieron, mis colegas, mis compatriotas, a la larga el mundo entero. La sospecha natural, en el primer momento, fue que lo estuvieran diciendo en broma, o que le estuvieran tendiendo una trampa a mi vanidad o credulidad; pero iba en serio; las más serias publicaciones académicas, tan avaras en elogios personales, estamparon la palabra una y otra vez. No tuve más remedio que asumirlo, aunque con resquemores. Temí que mi desempeño cotidiano se fuera a resentir por la naturaleza doble de mi persona, o que mi vida social fuera a

alterarse con la incomodidad de la lambisconería de unos y la envidia de otros. Pero no fue así, todo lo contrario. Me dejaron en paz, intimidados por mi juicio exigente y desconfiando de entender mi conversación de alto nivel intelectual. El Genio por su parte, aunque se había metido en mí, no se metía conmigo. Era como esos reyes que a pesar de ser absolutistas no ejercen y dejan hacer. Su aspecto amenazante era decorativo nada más. Nunca tuve nada que temer de él. Me dio lo más importante que un ser sobrenatural, y sólo un ser sobrenatural, puede darle a un hombre: confianza en sí mismo. Yo era una larva, carecía de un esqueleto moral de un mínimo de solidez. Eso fue lo que suplió el genio. Sin él yo habría sido un pusilánime, el tren de los miedos, con los vagones cargados, se habría llevado mi felicidad hasta más allá del horizonte.

Tanta confianza infundió en mí que cuando llegó el día de abandonar a mi esposa pude hacerlo sin vacilación ni remordimiento. Berta lloró, suplicó, se arrastró, levantó frente a mí a una pequeña Berta que también lloraba y alzaba con sus bracitos a una minúscula Berta que hacía lo mismo con otra más chica... Fue una escena que me quedó grabada (y no era para menos) porque las Bertas más y más pequeñas seguían acercándose a mi rostro pero al ir disminuyendo en tamaño no llegaban nunca. Parecían retroceder a la vez que avanzaban.

Me reí, satánico y triunfante. O no tanto, desde que ella, bien asesorada, me hizo una demanda de división de bienes. Ahí mi risa se congeló en una mueca de preocupación. Respondí que mi Genio (en esta instancia agradecí la ambigüedad de la palabra) me proporcionaba los bienes a medida que yo los necesitaba, de modo que formaban un continuo que no se sumaba y por lo tanto era indivisible. No se dejó convencer. Me costó años de litigio inútil.

No todo fue negativo. El empequeñecimiento al que Berta se sometía humillándose a fuerza de Bertas menguantes en suplica tuvo por efecto una disminución progresiva del diámetro de su vagina. La sensación era deliciosa, y tuve un renacer eufórico de mi sexualidad adormecida hasta entonces. El segundo beneficio que recibí de mi separación fue que la casa quedara para mí. La gran casa que había sido envidiada y ambicionada por una generación tras otra de la familia, sin que ninguno de sus miembros la obtuviera. Y la casa no se reducía: se ampliaba, latiendo al ritmo de mis paseos solitarios.

No se la hice fácil a Berta. Su papel de víctima, pese a estar representado con convicción y virtuosismo, no bastaba para preservarla de mis refinadas crueldades. Se lo había buscado, al judicializar nuestro conflicto. Por lo pronto, le impuse la presencia de los abogados, a sabiendas de que ella les temía y habría preferido tenerlos a distancia. Yo también habría preferido hacer los trámites por correspondencia, pero simulé estar interesado en una discusión cara a cara. Y cuando acudieron, me las arreglé para estirar, complicar, confundir, de modo tal que tuvieran que volver al día siguiente, y al siguiente. Representaba un sacrificio para mí, que en mi calidad de hombre de fórmulas sintéticas y ecuaciones instantáneas odio la

cháchara. Las sesiones se hacían interminables: el inventario de bienes muebles e inmuebles, las pensiones alimenticias indexadas por el costo de vida, el régimen de visitas, y otros asuntos tan áridos como deprimentes. Cuando un punto parecía quedar claro para todos, yo ponía cara de imbécil, afirmaba no haber entendido, y había que empezar de nuevo. Mi esposa era el retrato del desasosiego. Abrumada por el tedio, no abría la boca por miedo a delatar alguno de los secretos de nuestro matrimonio. Y temblaba porque los revelara yo, en mis comentarios incoherentes; podría haberla tranquilizado, ya que si hay alguien que mantiene un férreo control sobre el secreto, soy yo. Pero no lo hice; la dejé que se carcomiera por dentro.

Agravé las cosas invitándolos a cenar. Lo hice por primera vez una noche de tormenta. Era invierno, había oscurecido temprano, el trueno empezó a hacerse oír, y cuando levantamos la vista de los papeles ya se había desatado, al otro lado de los vitrales, la danza de los rayos. La casa se halla emplazada en una de las laderas que rodean la ciudad, los caminos de acceso se transforman en cenagales con la lluvia, y aquella noche yo, previsor, había hecho guardar los caballos. Nos sentamos a la mesa los cuatro, en un silencio pesado. Después de entretenerme un breve lapso haciendo deslizar los guisantes por la comba del tenedor, pretexté un malestar y me retiré, sin ofrecerles solución alguna.

La situación se repitió hasta hacerse consuetudinario. Prácticamente vivían con nosotros. Mi vida social se estrechó, por no decir que desapareció. Quedaron ellos dos solos, el abogado de Berta y el mío, sentados a la mesa frente a frente en silencio. Comían sombríamente lo que se les servía, callaban. Por educación evitaban hablar del pleito en las comidas, y dejaron de hacerlo antes, en las sesiones de conciliación a las que nos sometíamos. Yo también dejé de hablar, hartó; Berta no lo había hecho nunca.

No debían de tener otros clientes. Seguramente habían liquidado sus asuntos para dedicarse *full time* a nuestro caso, confiando en sacar una buena tajada de un divorcio millonario. Su codicia los había vuelto rehenes de una causa perdida. Pero no se rendían. Venían todas las tardes, con lluvia o con nieve, uno del norte, otro del sur, el abogado de Berta bajo y gordo, el mío alto y flaco, pero los dos con el mismo bigote, la misma calva bajo el bombín que se quitaban de mala gana. Yo mismo les abría la puerta, recibía sus abrigos y paraguas, me disculpaba de la ausencia de los criados inventando una fiesta campesina.

Empecé a verlos como autómatas de la Ley. Se imponía una atmósfera de museo de cera. No podía creer que hubiera vida en esos monigotes de bombín. Y sin embargo, algún propósito los había llevado a mí, distinto de la farsa tribunalicia. Quizás aceitados pensamientos perversos daban vueltas dentro de sus cabezas. Si lo hacían dentro de la mía, ¿por qué no en las de ellos? La capacidad de hacer el Mal, si bien no está repartida por igual entre los hombres, late en todos. Como fuera, me creía en condiciones de imponerme a sus maniobras. Lo tomaba como un desafío; me

obligaba a mantener a raya esa distracción benévola que es la perdición (a la larga) de los ricos y ociosos.

Esta rutina se mantuvo inmutable hasta hace exactamente un mes. Desde entonces, sin aviso ni explicación, no han aparecido. Ya otras veces no se habían presentado, uno u otro, pero nunca prolongaron tanto la falta, y mucho menos los dos a la vez. Es como si se hubieran puesto de acuerdo, pero me consta que no tienen comunicación entre ellos, la ética profesional se los impediría.

Quedé sumamente intrigado por esta ausencia doble, simultánea y prolongada. Dudo que merezca que ponga mis importantes recursos intelectuales a resolver un enigma de tan poca monta. Lo sabré cuando aparezcan, cosa que harán tarde o temprano porque están en juego sus honorarios. Además, es la clase de problemas que no resuelve el método científico sino el curso accidentado de los hechos. Podría tratarse de cualquier cosa, una enfermedad, un viaje, y si bien es un poco más raro que a los dos los haya afectado un inconveniente al mismo tiempo, tampoco es tan raro: esas coincidencias ocurren.

Pero la intriga persiste, y me pregunto si no será el pequeño misterio que estaba buscando para iniciar mi investigación del Gran Misterio. Me había dicho que podía empezar por cualquier parte, por cualquier objeto o episodio por insignificante que fuera, ya que todos encierran alguna incógnita. Éste me ofrece una buena ocasión.

Descarté de entrada las explicaciones fáciles, la enfermedad, el viaje, «falleció mi esposa», «me metieron preso», «se olvidaron de darme cuerda». Las descarté no por improbables sino por obvias. Lo obvio me entristece, y si la tristeza es dañina para todo el mundo, para mí lo es mucho más, porque necesito mantener alta la vara de la jocosidad para funcionar. Mi organismo tiene la estructura del chiste, la convulsión de la risa es lo que le da continuidad al plexo.

Pero no fue tanto por eso que hice a un lado las excusas consabidas, sino porque se me ocurrió una explicación más verosímil: los dos se habían puesto a trabajar febrilmente en sus casas escribiendo mi biografía.

Nadie que no fuera yo lo habría pensado. Pero justamente, por ser yo, la idea se me aparece como algo irrefutable. Muchos profesionales descontentos con su propio desempeño, o en un callejón sin salida de su actividad, o simplemente sin clientes, se vuelven hacia el libro como una tabla de naufragos. Descubren, y no se necesita mucha perspicacia, que escribir un libro sobre patrimonio arquitectónico es más fácil que hacer los planos de un edificio; o un libro sobre la medicina en la Edad Media, más fácil que practicar una operación quirúrgica de riesgo. Mucho más fácil, sobre todo si se emplea un escritor fantasma. A estos dos picapleitos no les había notado propensiones literarias (aunque no olvidaba que los había encontrado en las Bibliotecas), pero todo el mundo contiene el conato de escritor, y sólo necesita un tema para florecer. El tema lo encontraron en mí, y con creces. En efecto, el bajo perfil que he mantenido, y mi fama de Genio, hicieron crecer una leyenda, o al menos una intriga, ante la que otros biógrafos se habrían encontrado impotentes por falta de

datos. Estos dos, en razón de su profesión y de la extensión legal de mis problemas conyugales, tuvieron acceso a mi intimidad. Lo cual echaría luz sobre su interés en hechos de mi vida, las preguntas que me hacían que no tenían nada que ver con el divorcio (con la excusa de que todo tiene que ver con un divorcio), y las notas que tomaban escondiendo la libreta bajo el mantel. También explicaría que hayan desaparecido al mismo tiempo; seguramente uno de ellos dio por terminada la recolección de datos y vio llegada la hora de empezar a redactar; el otro lo intuyó (en estos casos funciona la eficaz telepatía de la competencia), y se puso a escribir él también, completada o no la fase investigativa. Si no vienen es porque no tienen tiempo. Están en una carrera desesperada, pues de dos libros con el mismo tema, y *a fortiori* de una biografía del mismo hombre, el premio se lo llevará el que salga primero, con independencia de la calidad del trabajo. Esto último, sumado a lo limitado de sus cerebros y a la falta de práctica en el difícil arte de escribir, anticipa la catástrofe del resultado. No creo que haya una editorial que se avenga a publicar eso, aun tentados por mi nombre.

De cualquier modo, no podrán escribirlo. Mi biografía tuvo lugar en la realidad, que es un magma tan retorcido e imprevisible que derrota a los mejores escritores, tanto más a este par de improvisados. Es el género literario más difícil, tanto que hasta el día de hoy nadie lo ha hecho bien. Y aunque en el curso del trabajo uno de los abogados, o los dos, se descubrieran un talento especial que hubieran tenido latente, les serviría para la biografía de otros, no para la mía. Se verían frente a mi Genio, mi mascota incorporada, a la que le he puesto de nombre, un poco en broma un poco en serio, Gran Misterio, y lo llamo por sus iniciales, GM, en inglés Djem, simplificado en Jim, o Jimmy. La luz que emite ciega. Ordenar los hechos de mi vida sería como tratar de seguir el vuelo de una luciérnaga sobre la superficie del Sol.

Capítulo 2

Ni yo mismo podría escribirla. ¿O sí? Lo estoy pensando. Siento como si lo viniera pensando desde que nací, desde antes de saber qué era una biografía y para qué servía. Ahora lo sé, y sé que si yo la escribiera sería una autobiografía, que es algo por completo diferente. Tendría que hacer un esfuerzo enorme para hacerle creer a los lectores que yo soy otro. Es cierto que dispongo de toda la información pertinente, pero me temo que lo que recuerdo, o tengo anotado en mis agendas, son los hechos. Y los hechos no dicen nada sin los eslabones que los unen. Ahí está mi punto débil: yo podría hacer una lista de todas las cosas que me pasaron; pero enhebrarlas en un discurso armonioso y fluido está fuera de mi alcance. No tengo una formación humanística, lo mío son las fórmulas, las ecuaciones, el brillo de un ácido en un tubo de ensayo. Nunca se me dio por leer, así que no tengo modelos que podría imitar. La lectura, según la veo yo, hace un empleo abusivo del tiempo, lo achata contra el suelo, lo usa como un felpudo en el que limpiarse el barro de la travesía de los hechos reales. Para mí el tiempo sólo sirve para proveer el instante, todo lo demás es escoria inmaterial.

Me he paseado largamente por los augustos salones de las Bibliotecas, pero lo hice en busca de abogados, sabiendo que se escondían ahí, con un libro abierto para disimular sus siestas. Necesité muchos abogados a lo largo de mi vida, primero para hacer las cosas, después para deshacerlas. Y el sitio donde buscarlos eran las Bibliotecas, que abundaban. El hallazgo de los fideicomisos bajo los viejos bancos en ruinas había creado en la nación una numerosa clase media que no necesitaba trabajar, pero sí necesitaba alimentar sus ocios de alguna manera. Eso puso de moda la lectura, y la rueda del Estado se movilizó para alimentarla. Los Reyes de Sajonia dieron el puntapié inicial con la construcción de grandes palacios del saber que llenaron con libros ilustrados raros y valiosos. Los imitaron otros países, incluidas las sub-Polonias donde nos tocó nacer. He admirado esas vistosas construcciones, pero nunca les di el uso para el que fueron destinadas.

Sentí una oscura desconfianza de la lectura desde que vi la colusión de tiempo y espacio que se producía en ella. Lo descubrí al oír a alguien decir que cuando buscaba un pasaje en lo ya leído de un libro, lo ayudaba la memoria visual, que le decía si el pasaje buscado estaba más arriba en la página, más abajo, en la de la derecha o la de la izquierda (dijo «la par o la impar»: jerga de lectores). Supe gracias a esa confesión involuntaria que los libros funcionaban como dispositivos mnemotécnicos no tanto de lo que decían como de dónde lo habían dicho. Era una superposición de irrealidades: los palacios de la forma calcándose sobre los castillos en el aire del contenido. Yo buscaba a tientas una transparencia semejante, pero en los hechos, no en las palabras. Dedicué mi vida a la busca de la transparencia de los

hechos, y ésa es una dificultad más, quizás la principal, para escribir mi biografía. No tener nada que ocultar también puede ser un problema. La mirada atraviesa un bloque de aire diáfano, va más allá, no encuentra el obstáculo de la forma. Mi gran descubrimiento científico se reabsorbió en mí; incorporé la naturaleza de la transparencia, y el Genio que llevo adentro se pudo ver.

Si no adquirí el hábito de la lectura fue porque mi educación se interrumpió antes de tiempo, incompleta. No tuve la formación que correspondía a mi posición social y a mi sed de saber. El motivo: el matrimonio, y la paternidad. Fue todo sorpresivo y precipitado, bastante traumático. Yo dormía, en medio de la noche, cuando unos fuertes aldabonazos en la puerta del frente me hicieron saltar de la cama. Los golpes resonaban en las altas estancias como ronquidos de un gran simio. La insistencia del llamado, a esa hora, proclamaba la mayor urgencia. Por una vez, tuve motivos para maldecir los escrúpulos de privacidad que me habían hecho despedir a todos los criados, incluidos el cochero y el jardinero. Tenía que ir en persona a abrir la puerta. No podía imaginarme siquiera quién podía ser.

Al levantarme, un peso inesperado me hizo ir de bruces; pero no llegué al piso, quedé en diagonal, sostenido por algo que no sabía qué era. En la oscuridad, y medio dormido, tardé un momento interminable en entender qué pasaba. Sin embargo, la explicación era simple. Ya dije que cuando yo estaba en posición horizontal el Genio quedaba vertical, y formábamos una perpendicular de noventa grados. En circunstancias normales me levantaba de a poco, dándole tiempo a reintegrarse. Esta vez, al saltar de la cama sin aviso ni pasos previos, el Genio quedó bamboleándose en posición horizontal, llevándome hacia adelante. Los golpes a la puerta seguían, cada vez más fuertes. No había tiempo para acomodarnos. Estar habitado por un Genio no siempre es lo más cómodo. Adelantando un pie y haciendo fuerza hacia atrás recuperé la vertical y me precipité al pasillo. Bajar la escalera, con ese contrapeso por delante, fue una hazaña. Por milagro no me vine abajo. Pensé que él colaboraría, pero no fue así. Ya fuera porque estaba más dormido que yo, ya por mala voluntad, seguía ahí colgando.

La escalera fue una prueba de fuego, aunque suena incongruente mencionar el fuego, siquiera como socorrida metáfora, al evocar el mármol cuya radiación helada hollaban mis pies siempre ardientes, en las siestas de la soledad. Las vueltas y revueltas elegantes, la factura espiralada, no se llevaban bien con la noche. En esa gran escalera de honor, orgullo de la casa, se entrelazaban el ascenso y el descenso en períodos italianizantes. Por suerte la oscuridad no era completa. La cúpula de cristal de colores filtraba la luz de las estrellas y me dejaba ver las cavidades que se abrían frente a mí. También los huecos generacionales que habían puntuado la historia de la familia: de cada tres retratos de antepasados uno era un ramo de rosas. La maestría del pintor en el coloreado de cada pétalo no llegaba a hacer olvidar la ausencia de un rostro y un nombre. Todo lo cual pasaba ante mi vista turbia como ráfagas, o como

los signos de interrogación de la pregunta que uno se hace siempre que baja una escalera: ¿qué estoy haciendo aquí?

Acudía al llamado del Destino. Lo supe al abrir la puerta. Ante mí estaban los funcionarios del Ministerio, rígidos y pagados de sí mismos en sus cascos emplumados y las libreas de los Hohenlohen. Los había esperado durante meses, en interminables días vacíos, y se me aparecían a esa hora intempestiva. Venían a anunciarme que había sido concedida la adopción. Era una niña. Josefina. Más que anunciar, venían a conminar: la adopción debía hacerse efectiva esa misma noche. Típico de una administración que no dormía sino cuando le convenía, y había hecho del sobresalto su *modus operandi*. Sacudí las últimas hilachas de sueño, mi mente se dilató como si le hubieran conectado un fuelle por un agujerito y le bombearan vientos alciónicos. Supe que toda la actividad que pudiera implementar no alcanzaría a colmar las urgencias. La espera no había ejercido presión alguna sobre mis hábitos de postergación. Todo estaba por hacer. Lo primero, agenciarme una esposa, pues siendo soltero la adopción no podía concretarse. ¿Pero dónde encontrar, a esa hora de la madrugada en la ciudad dormida, una mujer dispuesta a casarse conmigo en el acto? Y además debía ser estéril, por otro requisito de la maldita burocracia.

Para todo eso sólo se necesitaba audacia y suerte; pero ni una ni otra ayudarían contra los obtusos funcionarios del Registro Civil. Desmayaba ante la perspectiva de llenar formularios, presentarme en los juzgados, reunir antecedentes, redactar pomposos encabezamientos. ¿Pero acaso no había profesionales que hacían esos trabajos por uno, a cambio de un estipendio que estaba a mi alcance? Ésa era entonces la prioridad: conseguir un abogado. Miré el reloj: eran las tres menos cuarto. La hora no importaba: esas aves de rapiña velaban. Sin más, me vestí y salí en busca de la Biblioteca más próxima. Sabía que ahí encontraría uno. Los horarios de las Bibliotecas eran los más extensos del país, directamente no cerraban nunca. Así lo habían dispuesto al inaugurarlas. Cuando hubo que decidir hora de abertura y cierre las autoridades, perplejas y sin antecedentes en los que apoyarse, se dejaron guiar por la razón, calculando el tiempo de lectura. Un sujeto experimental (ciudadano promedio) abrió un libro y leyó una página mientras lo cronometraban. Ese tiempo se multiplicó por la cantidad de páginas promedio de un libro: daba unas doce horas. Una serie de complicados cálculos, a partir de ahí, llevó a la conclusión de que para que todos los habitantes de la ciudad tuvieran tiempo de leer un libro entero la Biblioteca debía estar abierta algo así como trescientas mil horas por día.

La clientela básica desde el comienzo la constituyeron los abogados. No porque quisieran leer sino para esconderse de los muchos que se la tenían jurada; su profesión les creaba enemigos peligrosos. Era el escondite ideal, siempre disponible y sin nadie que los molestara. Debido a los horarios inhumanos que se habían establecido, no hubo bibliotecarios ni ordenanzas ni siquiera personal de limpieza que aceptara el puesto. Quedaron no atendidas, y con las puertas abiertas.

Era la primera vez que yo entraba a una Biblioteca. Por un momento sentí vicariamente la emoción del niño que descubre el mundo de los libros que se volverán su consuelo y su refugio de una realidad que pisotea su timidez y sensibilidad. Yo no lo había necesitado, pero esas identificaciones gratuitas eran un modo de ir procesando la experiencia. Otras sensaciones desalojaron ésta a medida que me adentraba en el atrio, un octaedro abovedado sostenido en columnas de mármol negro. Hasta entonces había visto las Bibliotecas desde afuera, espantándome del enorme gasto en que se ponía la corona para satisfacer el capricho de los lectores. ¿Era necesario hacer esos suntuosos palacios? ¿No habría bastado con algo más sobrio, sin tanta cornisa? Adentro, el derroche se hacía más patente. En lugar de las austeras estanterías con libros, todo era estatuas alegóricas, Sibilas de piedra, retratos de filósofos imaginarios en pesados marcos dorados, recesos como confesionarios forrados de maderas talladas, ángeles de yeso en innumerables legiones, columnas, arcos, enormes vitrinas vacías que llegaban al techo a veinte o treinta metros de alto. Las escaleras llevaban a galerías que se reproducían hacia arriba, algunas inexistentes, pintadas en trompe l'oeil en el techo. Claraboyas historiadas, iguales a las de mi casa, dejaban pasar la luz de la noche, y ésa era la única iluminación que había. Los pasajes y espacios vacíos se sucedían sin orden; podría haberme perdido si el apuro, que a veces es más eficaz que la reflexión, no me hubiera llevado a la gran sala de lectura, perfectamente despojada de mobiliario y con un sugestivo parecido a una pista de patinaje sobre hielo.

Allí encontré al abogado. Se asustó al verme, quizás creyó que era uno de sus antiguos defendidos que salía de la cárcel y venía a cobrar venganza de su trabajo chapucero. O quizás creyó que yo salía de un sueño. Lo tranquilicé: venía a contratarlo. Subrayé mis palabras haciendo tintinear en el bolsillo las coronas de oro. Con eso bastó. A pesar de la circunstancia bizarra en que hicimos contacto, tuvimos una relación de trabajo cordial; siguió llevando mis asuntos durante muchos años y comiendo en mi mesa por las noches, hasta su reciente ausencia inexplicable.

El otro abogado, el de mi esposa, se incorporó a nuestras vidas tiempo después. Fue más que nada por motivos de simetría, porque un abogado solo queda rengo. Pero la presencia de los dos, enfrentados en la mesa, a la larga trajo el proceso de divorcio. Un caso del órgano creando la función. No los culpo, empero. Un matrimonio concertado entre gallos y medianoche, sin tiempo para reflexionar y conocerse, está condenado de antemano. La misma Berta debía saberlo. Lo que no pude explicarme nunca es por qué me suplicó con tanta insistencia que siguiera con ella, cuando le comuniqué mi decisión de abandonarla. ¿Habría sido puro teatro? ¿Se habrá sentido obligada a representar un papel que no sentía en su corazón? El corazón seguramente jugó un papel: ella lo tenía sobrealimentado. No contenta con haber desarrollado en su juventud un sentimentalismo exacerbado, hacía venir todas las mañanas a una enfermera a darle una inyección de Troponina. Yo me encerraba para no ver a ese tremendo marimacho de cofia, y me tapaba los oídos para no oír los

gritos de dolor de Berta cuando la aguja se le clavaba en el pobre pericardio martirizado. No me entraba en la cabeza cuánto podía hacer una mujer para amar. No tenía ningún motivo para querer mi compañía, yo era prácticamente un extraño para ella, siempre invisible en mi laboratorio, haciendo cosas por completo ajenas a su comprensión. Es más: parecía estar realmente convencida de que mis trabajos científicos tenían por objeto crear un rayo con el que aniquilarla. ¿Por qué tenía tanto interés en que siguiéramos casados?

En el fondo no me importaba. Sus motivos eran de ella, y que con su pan se los comiera. Yo tenía los míos. El progreso de mis investigaciones me había dado las fuerzas que necesitaba para adoptar la misantropía como modo de vida. Me respaldaban los consolidados argentíferos, base de mi fortuna.

Capítulo 3

La actividad mental de Berta se redujo a la sospecha, la invención paranoica, el delirio. Y no debería decir que se redujo sino que se amplió. Lo que hasta entonces había sido el estrecho círculo de pensamientos de señora burguesa sin vuelo imaginativo se pobló de sueños fantásticos de los que yo era el protagonista. Me constituí en su idea fija, salvo que era una idea que no tenía nada de fija. Por el contrario, la sacudía un movimiento incesante. Como carecía de elementos objetivos con los que calibrar mis intenciones, me adjudicaba todas las que le cruzaban la cabeza, sin prohibirse las más absurdas. Las figuras con las que yo me le aparecía en sus fiebres variaban con los volubles pliegues del terror nocturno. Caníbal, muerto vivo, vampiro, descuartizador, hombre lobo, eran apenas las más obvias de las mutaciones que me prestaba, antes del desayuno. Después empeoraba, porque no tenía otra cosa que hacer. Al mismo tiempo, no podía dejar de verme como yo era en realidad: un correcto caballero de modales impecables, proveniente de una de las más distinguidas familias de lo que alguna vez fue el Sacro Imperio Romano Germánico. ¿Cómo conciliar la realidad con la sospecha? ¿La apariencia con lo oculto? Como la hipocresía es el fundamento no tan secreto de nuestra sociedad, la usó como explicación. Me supuso una doble vida, la dentadura de cocodrilo bajo la bien planchada levita. Pero el espacio entre las dos instancias era tan grande que con la hipocresía no alcanzaba. De ahí que me postulara una inteligencia superior, la necesaria para maquinara un plan que la hiciera desaparecer (en lo posible en medio de atroces dolores) sin manchar mi reputación y buen nombre. Imaginaba, pobrecita, que deshacerme de ella sin ir preso sería incalculablemente difícil, sólo posible para un auténtico genio del Mal. Creo que ahí se plantó la primera semilla de mi futura reputación de Genio. Cuando no me veía, me suponía trabajando en oscuras fabricaciones, en aparatos que barajaban las fuerzas más recónditas de la materia, en luces venenosas y sierras que rebanaban franjas de espacio-tiempo. Me veía, en el retablo de su terror privado, con una máscara de cristal oscuro, guantes de hierro, moviéndome entre alambiques y tableros de luces y relojes de pie cuyos engranajes internos yo tañía con virtuosismo de arpista (pero ahí debía imaginarme sin los guantes).

¿De dónde sacaba tanto material para sus fantaseos de miedo? No era lectora de la literatura popular donde se cocinan esos mitos. Pero evidentemente los personajes que me atribuía ya habían llegado al inconsciente colectivo, incluido el del sabio perverso que usa los adelantos científicos más recientes, y sus descubrimientos propios, con el objetivo final de dominar el mundo. Para lo cual debe empezar por deshacerse de la esposa; y eso era lo único que la preocupaba. Que yo me coronara Rey del Mundo la tenía sin cuidado. Nada le importaba menos que el mundo; su

mentalidad de ama de casa la volvía impermeable a la política y la guerra. Que yo estuviera perfeccionando, en su delirio, un arma capaz de hacer volar en pedazos un continente, no la tranquilizaba: porque estaba segura de que primero la probaría en ella.

Su esterilidad biológica había dado un vuelco salvaje, por el lado de la demencia; se había vuelto una máquina creativa, inútil pero locamente productiva. Era como esos peces de las fosas oceánicas que ponen cien mil huevos para asegurarse de que uno prospere. Pero en el centro de esa proliferación seguía estando la esterilidad, porque sabía que era por su esterilidad que estaba donde estaba; yo la había necesitado con esa característica, lo demás de ella no me interesaba, su alma por ejemplo.

No decía nada, se lo callaba, la procesión iba por dentro. Temía que la palabra desencadenara los hechos. Pero era elocuente de todos modos, tanto que me aturdí con su silencio. Me obligaba a leerle el pensamiento, distrayéndome de mis ocupaciones; éstas consistían básicamente en cumplimentar los engorrosos trámites del divorcio, que por la deserción de los abogados debía llevar a cabo solo y sin ayuda. No pude evitar entrar en su juego, de mala gana. El cerebro me jugaba una mala pasada. El abismo que creaba esa mujercita tenía una fuerza de atracción que derrotaba a mi razón y hasta a mi sentido común. Terminó carcomiéndome tanto la paciencia que habría fabricado el rayo de sus terrores y la habría freído en vida sólo para hacer realidad su fantasía. Qué linda sorpresa se llevaría. Porque como todos los delirantes, en el fondo no creía en las amenazas que proyectaba sobre sí misma. Así aprendería.

No puedo decir que esta situación no haya influido en mis decisiones posteriores. Tenía que ser así, dado que el matrimonio es una de las cosas que más peso tiene en la vida de los hombres. Borrar a Berta del mapa no pasó de ser un alarde mental. No tanto porque no me sintiera a la altura del crimen como porque no creía poder inventar un rayo mortal, ni ninguna otra clase de rayo. Qué equivocado estaba. Los hechos, los imprevisibles hechos, demostraron que sí podía.

Mi trabajo en el campo de la ciencia se limitó inicialmente a la manipulación de objetos preciosos. Hubo en el inicio, y en el lejano fin, una intención sincera de darle al mundo algo nuevo, hacer conocido lo desconocido y ponerlo ante los ojos de quien menos se lo merece: la humanidad. Esa intención es el núcleo duro de la vocación científica, y en cierto modo retorcido estaba en mí. Pero había decidido de antemano que, al despertarse mi vocación después del matrimonio, no tenía tiempo de hacer todo el engorroso preliminar de estudio y preparación. Pero no por ello iba a renunciar a probar de hacerlo; no perdía nada, y a veces el azar produce resultados importantes.

De modo que adapté el sótano como laboratorio, y lo equipé. Al no saber qué podía ser útil para mis propósitos, compré catálogos enteros de instrumental. Alambiques, retortas, balanzas, microscopios, espectómetros, licuadores de materia

espesa, otros que no sabía qué eran ni para qué servían; en realidad no sabía para qué servía ninguno. Quizás era mejor así. Después de todo, el uso para el que habían sido hechos no daría otros resultados que los ya obtenidos, y yo estaba en busca de algo distinto; sólo en eso me parecía a un científico de verdad, y para perfeccionar el parecido debía hacer lo contrario de lo que hacían los científicos de verdad.

En mi entusiasmo de novato, no me puse límites. Compraba de todo, y lo mejor. Para elegir lo mejor, sin tener la menor idea de marcas y modelos, fui a lo seguro: miraba la lista de precios de cada ítem, y elegía el más caro. Me los hacía traer de las grandes capitales de la civilización. No me servían, pero los disfrutaba, y no descartaba que de algún modo me estuvieran sirviendo. Me gustaban como objetos, como letras del alfabeto de una estética cerebral. Costaban tanto como un jarrón de la dinastía Ming, y para mí eran igual de inútiles. Pero contenían un misterio con el que ningún jarrón podría competir. Justamente en el contenido estaba el misterio, porque los más vistosos de esos aparatos, y mis favoritos, eran los tubos que contenían vacío. No me explicaba cómo podía ser eso. Sigo pensándolo hoy, y sigo sin encontrar la respuesta. ¿Cómo es posible meter el vacío dentro de un tubo? Un tubo vacío ¿no está vacío de por sí, sin que tenga que venderse (carísimo) como instrumento científico? Claro que estos tubos «contenían vacío», que no es lo mismo que estar vacíos (que además lo estaban) pero si estaban a la venta, y los vendedores no preguntaban para qué los quería (me habrían puesto en un aprieto) no veía por qué no darme el gusto de encargar varias docenas.

Una vez que los tuve en mi poder hice mil cosas con ellos, los ponía en fila de menor a mayor, los enganchaba en unas argollas de porcelana que habían venido en una caja, formando racimos como cachos de banana, los colgaba del techo a manera de guirnaldas. Eran mis favoritos, pero con los otros objetos no jugaba menos. Encendía los mecheros, pasaba horas contemplando hipnotizado sus llamas azules, soplaba por el borde de los tubos de ensayo arrancándoles unos roncós silbidos que evocaban los vientos en los desfiladeros del Ruhr. Hice hervir el aceite amarillo que venía acompañando a unos raros aparatos, los vi desaparecer en el aire en elegantes volutas (pero volvían a solidificarse en el techo, formando figuras en las que veía cara, flores, monstruos). Experimentaba el privilegio inaudito, que se le niega no sólo al común de la gente sino hasta a los mismos científicos, de estar manipulando lo desconocido. ¿Pero podría preservar indefinidamente la feliz ignorancia que me permitía estas vacaciones científicas? Tanto toqueo del instrumental podía hacer que a la larga entendiera para qué servía, y entonces el brillo de lo desconocido se opacaría y tomaría el trillado camino banal de lo conocido. Mi mente siempre alerta, mi inteligencia de primer orden eran el peligro que debía mantener a raya. La mera idea de emplear la prudencia envenenaba mi libertad, que siempre quise absoluta. Habría abandonado todo, de no ser por un incidente que le imprimió una nueva dirección a mis trabajos.

Sucedió que un día al bajar al sótano, antes de encender la luz, vi o creí ver unos resplandores débiles estacionados a media altura encima de la mesada. La oscuridad se cerró sobre ellos casi de inmediato; no supe si mi visión iba o venía. Nunca les tuve paciencia a mis pupilas, aun sabiendo que cometía una injusticia, pues las pequeñas trabajadoras redondas daban lo mejor de sí mismas. Aunque asaz veloz, la contracción o dilatación que practicaban ante los cambios de luz se me hacía eterna y no esperaba a que la adaptación se completara antes de arremeter, como un toro furioso. El problema viene de mi infancia, y para explicarme cabalmente debo interrumpir por un momento el relato de mis aventuras en el laboratorio para remontarme a una época que quedó muy atrás, en otro mundo. Y el que protagoniza el recuerdo también es otro. Quien vea hoy el hombre cadavérico que soy, la levita bien planchada sobre las prótesis de plata, la mueca sarcástica con la que intento disimular la falta de pómulos, no podrá imaginar al niño que fui, rubio como un sol, de redondeces rosadas cubiertas de un vello de oro y una risa como campanitas de cristal. Fui llevado entonces a un punto equidistante de los Cárpatos y los Balcanes; mi familia era dueña de tierras en medio de las cuales se hallaba ese punto, sobre el cual se planeó levantar una gran casa de piedra que simbolizara la solidez social y moral que afectaban los contemporáneos; para vigilar la construcción, mis abuelos y su numerosa descendencia, entre la que me contaba como párvulo, nos instalamos en un pabellón provisorio de bambú y telas, y allí quedamos, cómodos y distendidos, aun cuando la casa de piedra estuvo habitable; nos habíamos hecho a la flexibilidad de la planta, y desdeñamos el mármol y el estuco. Abierto a los cuatro rumbos con sus puertas corredizas y sus mamparas semitransparentes, yo no entraba al pabellón más que para comer y dormir, y eso a fuerza de repetidos ruegos y conminaciones de las nodrizas y gobernantas. Vivía en los jardines, jugando con mi perro Pico y con los amigos imaginarios que tiene todo niño. Mordisqueaba las hierbas como una bestezuela, me reía de los pájaros, hacía caso omiso de la lluvia. Los campesinos me creían una aparición. Durante muchísimos años la tijera no tocó mis rizos. Esa existencia bajo los cielos tuvo una consecuencia previsible en mi sistema visual. La región tenía una característica que la hacía única: sus crepúsculos lentísimos. Duraban eternidades. La puesta de sol empezaba a la media tarde, en invierno antes, poco después del mediodía, y se prolongaba interminablemente, la noche no llegaba nunca, el cielo pasaba con parsimonia del amarillo al blanco, del blanco al rosa, del rosa al violeta, la luz decaía por grados infinitesimales. Y con los amaneceres era lo mismo, en sentido inverso, duraba tanto que a veces, casi siempre, no había terminado cuando ya empezaba el proceso contrario. Las respectivas contracciones y dilataciones de las pupilas se prolongaban el día entero, en un sentido y en otro, los ojos eran como lagos en los que embarcaciones movidas por remeros avanzaran y retrocedieran sin cesar y sin descanso, a fuerza de latigazos en los lomos de los esclavos. Aun cuando el resto de mi vida transcurrió en latitudes de ópticas menos exigentes, me quedó la huella de aquellos días.

Cuando evoqué estos recuerdos para los abogados, sabiendo lo ávidos que estaban de hechos de mi vida, me contradijeron vivamente y a dúo. Se habían informado sobre mi infancia, según ellos claustrofómicamente urbana, y podían afirmar que nunca había existido ese pabellón en medio de la selva, ni había cielos que no obedecieran a los ritmos establecidos por la Naturaleza. Yo creía tener las pruebas para refutarlos, pero cuando les pedí que se fijaran en mis pupilas, se me rieron en la cara. No sé si para consolarme, o para tomarme el pelo, me hablaron de nuevas teorías de la Psicología según las cuales los recuerdos de infancia suelen ser invenciones, verdaderas creaciones de adultos que practican la poesía sin saberlo. El objeto de estas fantasmagorías, dijeron, era encubrir con mecanismos metafóricos recuerdos verdaderos, dolorosos o vergonzantes. Me pareció un disparate, pero ecuánime como siempre he sido, no lo descarté. Hice bien, porque lo que siguió fue un ejercicio revelador. Volví mentalmente al gran parque alrededor del pabellón de té, a los follajes a través de los cuales veía esas procesiones ultralentas de la luz. Me detuve en los detalles, que suelen ser los más reveladores, y empecé a descubrir cosas. Esa cobra que se deslizaba de rama en rama bajando por un árbol, ¿no sería mi madre? Como en una novela en clave, o como cuando uno mira fijo un color violeta brillante, y después aparta la vista y ve un cuadrado amarillo que no existe. Y si había un árbol, apuesto a que su grueso tronco representaba el banco en el que mis padres tenían depositados sus ahorros. Vi una selva exuberante en la que las euforbiáceas entrelazaban sus ramas retorcidas con las criptomelias (respectivamente, mis ignorancias y mis confusiones) espesas hiedras colgantes que se sacudían en ondas caprichosas, y flores sin nombre (mis compañeritas del colegio) abriéndose como agujeros de color. Hongos y musgos negros competían en la sombra de las bóvedas vegetales con los líquenes y los tallos vivientes que se arrastraban por los intersticios. La competencia por el espacio vital era la ley suprema en esos amontonamientos. Quizás víctimas de la misma dialéctica, ruinas de ciudades devoradas por la vegetación se revelaban a medias tras las hojas. Estatuas, frisos y restos de pinturas murales complicaban lo complicado con el misterio del arte, que se superponía al misterio de lo antiguo. Era como si la vida contuviera la representación de otras vidas, y cada una de éstas la de otras.

El terreno sobre el que se alzaba esa selva (el terreno: mi conciencia) estaba erizado de volcanes, hoyas y fumarolas; a un volcán extinguido cubierto de nieves lo seguía uno en erupción volcando ríos de lava hirviendo (la masturbación, por supuesto) sobre laderas torturadas. Y al pie de estas cadenas ríos de verdad, cargados de hipopótamos y cocodrilos (que podían decodificarse uno como la glotonería y el otro como la agresividad). Cascadas que producían arco iris, represas de civilizaciones extinguidas por el peso de sus propios adelantos técnicos, torbellinos de aire cristalizado en cuyas curvas se reflejaban otros bosques, puertos lejanos, caravanas interminables. Lo grande producía lo pequeño, y lo pequeño lo grande, la representación lo representado, lo real producía lo real, en un proceso que no cesaba.

Creo que ahí estuvo el origen de la busca que habría de consumir mi vida: la de la transparencia de los hechos. Y los resplandores fugitivos que encontré en el sótano fueron la primera señal que me mostró el camino. Tardé en ubicarlos, y cuando lo hice me llevé una sorpresa. Provenían de los tubos, que desmentían su condición de vacío, pues en su interior circulaban corrientes eléctricas blandas en forma de luces de color. Eran muy débiles, tanto que no se hacían visibles sino en la más completa oscuridad y para pupilas dilatadas al máximo. No encendí la luz, ni entonces ni nunca más; en adelante me moví en las tinieblas, enamorado de esas luces rosadas y verdosas, secretas. Nunca supe qué las producía. Quizás eran los famosos rayos catódicos, de los que mis contemporáneos hablaban con tanta volubilidad, como si fueran la gran solución a todos sus problemas. Preferí no averiguar y no darles nombre, así las sentía más mías. Lo importante era que en mi laboratorio por primera vez pasaba algo, y algo que interpelaba mi destino.

Fue el comienzo de una nueva etapa. Hasta entonces había usado el laboratorio sólo para asustar a Berta y pasar un rato fuera de su vista. Gracias a mis luces recuperé el proyecto que me justificaría ante el mundo. De algún modo que todavía no podía prever el misterio se me acercaba, amistoso, moviendo la cola como un simpático perrito blanco. El hecho base, el que hacía de pantalla para todos los demás hechos, era el matrimonio. En un lenguaje puramente espacial, la transparencia se traduce como simultaneidad; yo buscaba una consistencia de realidad que sólo podía darle el tiempo, y el matrimonio era el Reino del Tiempo. El paralelismo nervioso que habíamos creado Berta y yo, la épica de nuestro desencuentro, creaba una perfecta sincronía. El rayo mortal abriría un Gran Agujero en la pantalla y se podría ver el otro lado. Éramos causa y efecto. Sus pasos resonaban en el techo de mi laboratorio subterráneo, en los salones de la casa que habíamos amueblado para recibir a nuestra hija adoptiva. Su angustia, y el eco de su angustia en el tic tac de sus tacones, hacía contraste con los caballitos alados, las hadas y los gnomos sonrientes que decoraban las paredes en espera de la niña. Los fantasmas se apoderaban de su mente afiebrada. En mi papel de causa, adivinaba sus maquinaciones: estaba previendo para mí la coartada con la que yo escaparía del castigo por su muerte. Diría que el rayo se me había descontrolado, y la había herido por accidente. La comunidad científica me daría la razón. Pero Berta sabía bien que su presunto asesinato tendría que esperar la llegada de nuestra hija adoptiva. Como viudo no me la querrían entregar, tendría que empezar de nuevo los trámites en otra agencia, duplicando el costo de abogados.

Quise preservar esos momentos, que tenían algo de novelesco. Quise congelar la intimidad de la tiniebla; pero no sabía cómo hacerlo. Contratar a un pintor para que fijara el instante no me pareció viable: lo primero que pediría el pintor sería encender la luz, y yo no tenía intenciones de renunciar a la sombra profunda, que se había vuelto la parte principal de mi personalidad. Pero los avances de la técnica, que estaban volviendo obsoleto el arte de la pintura, vinieron en mi auxilio. Había oído de

un procedimiento novedoso de tomar imágenes de la realidad, con una cámara oscura (eso me convenía), y, siempre a la vanguardia del progreso, quise probar. La lectura de los catálogos me mostró que las cámaras tenían poco de oscuras: necesitaban luz. Así que fui directamente a la solución fotosensible que utilizaban. Compré varios litros, y la dispersé en el laboratorio con un fumigador. Me hizo toser una barbaridad, creí que me ahogaba. Empezaron a aparecer en las paredes, en el piso, en el suelo, en el aire mismo, imágenes blancas de sillas, mesas, sillones, alfombras, retortas, estanterías giratorias, todo fantasmal, quieto, suspendido. No sabía que había tantas cosas en el sótano; hacía tanto tiempo que no encendía las lámparas que me había olvidado.

Capítulo 4

En parte inspirado por el vacío, del que tenía grandes cantidades en frascos, en parte porque era conducente a mi objetivo final (la transparencia), elegí como mi campo de acción el estudio de los gases. No sabía, ni sé, si hay una rama de la física que se dedique a ellos. Si la hay, tiene que ser la más difícil, la aristocracia de la ciencia. Impalpables, huidizos, invisibles, eran lo intratable por definición. Esa dificultad extrema me convenía. Al no tener ni siquiera los rudimentos de la materia, empezar por lo fácil habría vuelto demasiado largo el camino. Empezar por donde otros terminaban, aprovechando la libertad que me daba mi condición de *amateur*, me permitía ahorrar tiempo y esfuerzo. Además, mi ignorancia en la materia no era completa. Algunos de sus nombres me sonaban, de haberlos oído en algún lado: freón, neón, xenón... ¿Qué querrían decir? ¿Quién se los había puesto? Debía de ser un caso de persistencia del lenguaje de antes de que hubiera lenguaje, porque no podía creer que en la época lejana en que se impusieron los nombres a las cosas se pudiera distinguir un gas de otro. De cualquier modo, la cuestión de los nombres no me desvelaba.

¿Pero qué hacer con los gases? Apuré el trámite, porque con mi tendencia a la distracción si no me daba prisa estos vientecillos embotellados se escaparían de mi pensamiento. En primer lugar, quise darles algunas determinaciones. Fracase rotundamente en el intento de dotarlos de textura y peso. Había mandado a pedir a París unos sifones de gases raros y me los mandaron con etiquetas: neón, freón, xenón... Tal como lo había sospechado. Me dio rabia que no vinieran con un manual de instrucciones. Con lo que los cobraban, bien podrían haber impreso un elegante folleto bilingüe. Estuve a punto de arreglar todo, y lo habría hecho de no ser porque sin realmente proponérmelo (no supe cómo pasó) tuve un modesto éxito en dotarlos de color. Fue realmente modesto: los teñidos que yo habría querido brillantes y estridentes resultaron palidísimos, unos rosados y verdosos que apenas si se distinguían de la nada. Pero era algo.

A partir de ahí, ya tenía indicada mi tarea: obtener colores nuevos, arrancarles a las entrañas de los gases el espectro estupendo de las albas del Universo, el brillo cegador que escondían en su disfraz de Nada. La atmósfera, que es puro gas, suele delatar ese tesoro cromático; pero los gases de la atmósfera son los más banales. Y si ellos contenían los colores tan magníficos que yo había visto en algunas puestas de Sol, ¿qué no contendrían los costosos gases raros de nombres exóticos, el neón, el freón, el xenón...?

El plan era ambicioso; el premio, grande. Claro que no tenía la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Aun así, las cosas pueden hacerse. Es consistente con mi teoría de que las cosas ya estaban hechas cuando vinimos al mundo. Nuestras fabricaciones

son sólo pantomimas. Pero aun para la pantomima se necesita cierta creatividad, y yo no la ponía. Tenía el cansancio de haber creado todo un mundo, la desgana melancolía que sobreviene después de la acción. Los tubos de Tesla colgados del techo contenían los gases congelados, verdaderas estalactitas. Los sacudía con la cabeza y los hacía entrechocar, cuando me desplazaba en la oscuridad. La sal ardía espontáneamente en los calderillos. El tiempo pasaba. Oía a los sifones de París soltando suspiros como viudas. Los gases debían de estar condensándose, o enfriándose, o sufriendo mutaciones. Fuera lo que fuera, no me lo iban a decir. Habría querido meter las manos en ellos, hacerles sentir mi poder, pero si abría los tubos se escaparían, ¿y cómo volver a atraparlos después? Frente a esa vajilla operativa, me sentía impotente. Había llegado a un *impasse*. Me pregunté si me quedaría desocupado, sin nada que hacer. Algo se me ocurriría, seguramente, porque las ideas, a la corta o a la larga, siempre acuden; la humanidad se habituó desde la más remota antigüedad a prolongar la vida a fuerza de ideas. No corría peligro de que se fueran a terminar porque en cada reunión de palabras hay una idea latente, y basta ver el volumen de un diccionario cualquiera, y calcular el número de combinaciones posibles de sus entradas para ver que hay ideas para rato. Por ese lado yo estaba tranquilo. Mi provisión de ideas era inagotable. El problema estaba en la velocidad con que se consumían. No duraban nada. Sabían que ya venía otra a remplazarlas, estaban conscientes de la volubilidad de la mente humana (la conocían por dentro). Se apuraban a despachar sus elementos y se disipaban. Por su misma proliferación, me condenaban a una vida vacía.

Lo único que persistía eran las luminosidades flotantes en el vacío. Se iban apagando poco a poco, se demoraban, como si me estuvieran esperando. ¿Me esperaban, o me llamaban? Me hicieron pensar en la luz fluorescente que sigue encendida en las ferias cuando el público ya se ha marchado, en su combate inútil, perdido de antemano, con el amanecer. Tuve una inspiración que podía ponerme en movimiento y hacerme dejar atrás la delectación morosa en la que seguía estancado.

La fluorescencia más genuina, como todo el mundo sabe, hay que ir a buscarla al fondo del mar. A mí el dinero me daba la posibilidad de llevar a mi mesa de trabajo el principio activo sin tener que mojarme. Al flúor lo produce una proteína, y eso fue lo que compré: una proteína de coral de las aguas abisales. Costaba tanto como un diamante, pero se me antojaba indispensable para mis trabajos. Aunque dado el modo en que yo trabajaba nada era del todo indispensable, porque en mis fantaseos cualquier cosa podía ser remplazada por otra. Era un gasto considerable, que se sumaba al que había hecho recientemente con los sifones de París. Me pregunté si el dinero se me terminaría. ¿Me liberaría al fin de esa servidumbre? Los demás tendrían que quererme u odiarme por lo que yo soy, no por mi dinero. Aunque, bien pensado, no avanzaría mucho porque sólo habría eliminado una determinación, una propiedad, y quedaban otras muchas antes de llegar a la desnudez de lo que soy. Al volverme pobre, podrían odiarme o amarme por mi cara. Si elimino la cara, por ejemplo usando

una máscara, me amarán u odiarán por mi conversación. Me llamo a silencio, pero queda mi cortesía. La elimino, pero después tendría que anular mi historia, o mi pelo... No, no hay caso, nunca se llega a lo humano puro.

Vuelvo a lo importante: la proteína de coral. Había decidido meterla en un tubo de vacío, para ver qué pasaba, pero no me decidía a separarme de ella. El vacío no me la devolvería. La tenía en la palma de la mano, no me cansaba de mirarla. Medía un milímetro de diámetro, una bolita ligeramente irregular; en cada una de sus curvas había sorpresas, pequeños paisajes que reproducían la orografía secreta de las fosas oceánicas. Esto parece una ilusión, pero quizás no lo sea tanto. La proteína actuaba como el foco del que se alimentaban las formas cercanas y lejanas, así que era muy posible que hubiera incorporado esas formas por reflejo natural. Noté que tenía unos agujeritos muy disimulados en sus repliegues. Quise investigar, llevado por una curiosidad irresistible, y metí una fina aguja.

Todas estas observaciones y manipulaciones me habrían sido más fáciles de poder usar una lupa. Tal cosa no me estaba permitida ya que con una mano sostenía la proteína (tenía miedo de dejarla sobre la mesa y que rodara y se me perdiera, en la oscuridad), y con la otra el fósforo con el que me iluminaba. Y no tengo tres manos. El fósforo, por supuesto, no me daba luz más que unos segundos, menos de lo que duraba su combustión ya que debía apagarlo cuando estaba por la mitad: como usaba guantes de nitrato altamente inflamable, debía extremar las precauciones para no provocar una conflagración que me quemaría la mano.

La aguja entró con dificultad, y al salir brotó una diminuta gota de un fluido brillante. La recogí en una placa fotosensible y después de hacerle producir las visiones más variadas y en los márgenes unas irisaciones que hacían volumétricas las visiones, la metí en un frasquito y me lo eché al bolsillo. Ya sabía qué uso darle. Se abrían muchas posibilidades, incluidas las conyugales. Me sentí un *nouveau riche* del Mal. Al fin, después de la larga espera que me habían impuesto mis indecisiones, las cosas se ponían interesantes. La trama se espesaba, pero lo hacía con una materia que permitía ver a través. Fui arriba. Cuando Berta me vio soltó un grito de horror. No supe qué lo provocaba, más allá de saber que se lo provocaba yo. ¿Me había transformado mi larga estancia bajo tierra? En el espejo convexo de la proteína me había visto joven, atildado, como recién salido de la peluquería. Las pupilas espantadas de mi esposa me mostraban un ser hirsuto, con tiznes y ronchas producidos por la convivencia con las arañas. No quise preguntarme si seguía siendo yo. Me sentía distinto en los salones inundados de luz. De cualquier modo, el espanto de Berta no se debía a mi aspecto: creyó que yo emergía porque había llegado nuestra hija adoptiva, y me la habían entregado por el tragaluz del sótano. Y al no verla, su mente afiebrada le dictó una explicación truculenta: yo me la había comido. No era el primero de sus miedos irracionales, ni sería el último. Yo se los fomentaba, porque una vez presa de ellos era una arcilla maleable en mis manos. Me permitían modificar sus conductas en distintas direcciones. Lo hacía sin propósito alguno, llevado por

impulsos lúdicos. Un día le daba la postura y actitudes de una tinaja, otro de un poste de alumbrado, otro de una casita de muñecas con un cartel delante que decía «Cuidado con el perro».

La tranquilicé. No, todavía no había novedades en el trámite de la adopción. Le reproché su nerviosismo, que podía hacer creer a las autoridades que no estaba en condiciones psíquicas de criar de modo adecuado a una niña de seis años. Propuse que tomáramos el té. Faltaba poco para la hora, y si lo ordenábamos en ese momento lo estaríamos tomando cuando sonara el gran reloj del recibidor. Yo quería mostrarme como un fanático de las rutinas domésticas, un verdadero reloj humano. Toqué la campanilla. La vieja criada entró con la bandeja. Sentados a ambos lados de una mesita baja cargada de vituallas, la escena se volvió casi normal. Ella fue dejando de temblar poco a poco; yo había desplegado el diario y fingía el mayor interés en las noticias. Con disimulo metí la mano en el bolsillo y desenrosqué la tapa del frasquito, esperando la oportunidad; no tardó en presentarse, exactamente como lo había calculado. Berta se volvió a mirar el reloj, que empezaba a dar la hora. Con un movimiento furtivo vertí la gota de sangre de proteína en la taza de Berta, y la vi tomarla.

Epílogo

Esta enumeración de sucesos, personajes y reflexiones, si bien hecha en forma abreviada y esquemática, resume en forma cabal los antecedentes del descubrimiento que fue la culminación de mi compromiso con la ciencia. Como tantos hallazgos trascendentes, fue producto del azar, lo que no me quita un ápice del mérito, porque al azar hay que crearle una plataforma. Si no tiene a su disposición la cantidad suficiente de hechos y objetos no puede realizar sus combinaciones eficaces. Y «suficiente» aquí quiere decir «todo». Yo puse el Todo en marcha, y lo dejé hacer. Es cierto que no fui tan exhaustivo como me había propuesto. No recorrí una a una todas las particularidades del Universo (¿quién habría podido?), me cansé a la tercera o cuarta, pero quiso la suerte que esas pocas estuvieran tan alejadas entre sí en el tiempo, el espacio y la lógica narrativa que el listín pudo actuar como equivalente del Todo.

En fin. No tuve que hacer gran cosa. Un día, un día cualquiera de la larga noche en la que me había escondido del mundo, de uno de los tubos en los que se apagaban las sombras rosadas de algún gas, escapó un haz de rayos que iluminaron el interior (no ya el exterior) de una pila de ropa y zapatos que se había ido acumulando en un rincón del sótano. Quedé perplejo, y no era para menos. Un zapato por dentro era un verdadero secreto revelado. Varié la dirección del rayo, apuntando a la pared, justo donde por casualidad había una araña. Otra revelación. Siempre había creído que el interior de una araña era igual a su exterior, y no, era por completo diferente. Estuve un rato jugando con la sorprendente novedad, hasta caer en la cuenta de que tenía entre manos una jugosa fuente de ingresos. Si ponía en venta un tubo de esos, me lo arrebatarían. La curiosidad nunca saciada de mis congéneres lo haría un éxito. Todos querrían tener su propio juego de rayos para ver lo que hay dentro de los cajones sin tener que abrirlos. Nunca me había dedicado al comercio, actividad mal vista en mi círculo social, pero tenía alguna noción de su operatoria. Lo primero era darle un nombre atractivo al producto. Lo estuve pensando, y no se me ocurrió ninguno. Tampoco quería sobrecargar el ya excesivo léxico científico con una denominación más, así que fui a lo fácil y los llamé Rayos X. Si todo es incógnita en nuestra vida, no veo por qué mis rayos iban a ser una excepción, si habían nacido de lo más profundo del misterio, que era mi insondable ignorancia.

Pero mi historia no terminó ahí; por el contrario, ahí apenas empezaba. Inicié los trámites del divorcio, los de la adopción se precipitaron consiguientemente, desaparecieron los dos abogados en los que había confiado para resolver los aspectos legales, y me vi solo en la enorme casa. Una soledad muy particular, porque inmediatamente a la difusión de mi descubrimiento me pusieron el marbete de Genio, y debí compartir mi espacio interior con el voluminoso inquilino.

Me lo impusieron, sin que yo hiciera nada para que me lo dieran. Me habría conformado con un reconocimiento menor. Tampoco, debo confesarlo, hice nada para rechazarlo. Mi vanidad se hinchó, creando un espacio extra que nos permitió convivir con cierta holgura el Genio y yo. Aun así, no fue fácil. Además del tamaño, estaba su exuberancia, su chisporroteo constante de genialidades. Ser Genio es un trabajo de tiempo completo, y no me daba vacaciones para volver al llano mental. Yo conocía mis limitaciones, él no. Hubo momentos en los que habría preferido que se me concediera un talento menor, uno que alcanzara para ser chef o peluquero. Pero tuve que aceptarlo. Mi ambición había querido cambiar la historia de la humanidad y para eso se necesita tener adentro un musculoso oriental de cabeza rapada que me llame su amo.

Con el tiempo me acostumbré, y gocé de las ventajas que me daba. Contribuyó a ello un cambio importante en mis finanzas. Con alivio, no tuve que rebajarme a la sordidez del comercio. Recibí una propuesta proveniente de los Estados Unidos: Edison quería comprarme la patente de mi descubrimiento. Con el típico ingenio norteamericano y la visión para los negocios que es la mayor virtud de esa joven nación, se proponía instalar aparatos de Rayos X en las ferias y parques de diversiones para que los visitantes, por un módico estipendio, pudieran verse el esqueleto. Admiré su inventiva. A mí no se me habría ocurrido ni en mil años. La clave estaba en cobrar muy poco por la visión, unas monedas, o una sola moneda, unos centavos. La gran nación americana estaba levantando su prosperidad sobre la economía a escala. Barato, para muchos. Nosotros los europeos apostábamos a los precios altos de objetos y servicios de calidad. Caro, para pocos. Haciendo honor a mi condición de europeo, pedí una suma importante, y él la pagó sin chistar. Fue un anticlímax, pero lo procesé con una sonrisa. Había creído que mi descubrimiento serviría para las graves meditaciones del filósofo, y en cambio sirvió a la diversión en las carnestolendas de la muerte. Me consolé contando la plata.

Esta vez decidí que no me la gastaría en juguetes inútiles como había hecho con la dote de Berta. Evalué las mejores inversiones, y me incliné por los consolidados argentíferos, que me daban una renta interesante. ¿Qué más se le puede pedir a la vida? Soy rico y tengo un Genio. Esta repentina ausencia sin explicaciones de los dos abogados no tiene por qué preocuparme; al contrario, me da la soledad que estaba necesitando para poner en orden mis ideas. Y ya volverán, eso puedo darlo por seguro. Lo harán tan tranquilos, con alguna excusa pueril, «falleció mamá», «se incendió mi casa», «se olvidaron de darme cuerda». Me parece verlos, con el sobretodo, el bombín y el portafolio, dos figuras repetidas recortadas en la bruma de la ciudad de invierno, tan parecidos entre sí que no es fácil distinguirlos a primera vista, a segunda vista tampoco. ¿Cuál es el de Berta, cuál el mío? El efecto de un largo matrimonio, y de un largo proceso en los tribunales, es esa fusión de identidades. Yo terminé por distinguirlos sólo por su posición en la mesa, uno a la izquierda y el otro a la derecha.

La prolongación de su ausencia hace que mis especulaciones vuelvan a la hipótesis de la biografía. Tienen que haber descubierto, o deducido, lo que estaba haciendo el otro. El primer impulso entonces habrá sido apurarse para ganarle, pues la biografía que se publique primero tendrá el grueso de las ventas. Claro que con el apuro sufrirá la calidad del libro; eso no les importará tanto si sólo tienen en vista la venta: la gente compra un libro antes de leerlo, no después. Pero si uno se apura, bien puede suponer que el otro lo está haciendo también, y no hay una prisa absoluta, siempre puede haber una mayor. Así que lo más probable es que se hayan reunido, cada uno con la firme intención de hacer que el otro renuncie a su proyecto. Los dos reclamarán la prioridad de la idea, pero rastrear el momento y la ocasión de una idea, una de esas caprichosas mariposillas mentales, es lo más difícil que hay. De las discusiones, que si no han llegado a los puñetazos ha sido porque en el fondo los dos son unos pusilánimes, tendrá que salir la única solución razonable: unir esfuerzos y fundir los dos libros en uno, poniéndose los dos como autores (por orden alfabético) en la tapa.

Esas cosas nunca salen bien. La fusión en uno de dos textos de distintos autores es una tarea poco menos que imposible. La vanidad como un lodo pegajoso hace difícil el tránsito a una redacción como la gente. A cada uno le parecerá que su versión está mejor escrita, y de la difícil negociación para imponer frases, adjetivos y comas resultará un pastiche de remiendos lleno de incoherencias y contradicciones.

«Yo podría hacerlo mejor», pensé sin la intención de pensarlo en serio, sólo por pensar algo. Esa jactanciosa perlita de pensamiento casual, con el tiempo empezó a parecerme una buena idea. ¿Por qué no? Cualquiera puede escribir un libro. No es que quiera competir con ellos, ni siquiera desmentirlos o enmendarlos. Pero ahora que quedé solo y sin nada que hacer, ¿en qué otra cosa podría emplear mi tiempo? Y más importante, ¿en qué otra cosa podría emplear a mi Genio? Dejarlo cruzado de brazos puede ser peligroso: puede crecer, al no tener el gasto de materia que en los seres de su especie es la única manifestación de actividad. No quiero agravar mis problemas de espacio interior.

Él me proveerá la molécula dorada con la que se inicia el proceso que resulta en un libro. Las demás vendrán atraídas por la belleza irresistible de la primera. He visto esas moléculas doradas flotando en el aire frente a la puerta verde de mi casa. Tiene que ser muy difícil, casi imposible, atrapar una. Lo deduzco del hecho de que nunca nadie atrapó una y los libros tuvieron que escribirse trabajosamente, enfilando palabras y frases de modo artesanal, sin el análisis de los magnetismos moleculares. Yo cuento con una importante ventaja: el Genio. Lo pondré en el umbral con la boca abierta. El giro de las moléculas en el aire, por lo que tengo observado, es bastante irregular, las órbitas describen unos ochos entrecortados de pequeños ceros; a veces se acercan hasta casi formar un racimo, a veces se separan, pero nunca se alejan mucho de la puerta verde. Ahí estará el Genio, con la boca bien abierta, programado para quedarse inmóvil durante cien años. No tendré que hacer nada más que esperar.

En cien años una por lo menos tiene que caer en la trampa, es inevitable. No necesito más. La multiplicación se hará sola, primero hasta completar un libro, después, o al mismo tiempo, hasta completar todos los libros del mundo. Así se poblarán al fin las Bibliotecas vacías, esos palacios nocturnos a los que hasta ahora nadie les ha encontrado una función. Ésa será mi segunda contribución al lento desarrollo de la civilización.

14 de enero de 2015



CÉSAR AIRA. Nació en Coronel Pringles en 1949, y desde 1967 reside en Buenos Aires, donde estudió Derecho y Letras. Desde 1970 se dedica a la traducción, donde es muy bien considerado, y comenzó a publicar sus propios textos en 1975. Colabora con ensayos y crítica literaria en varios periódicos y revistas y ha sido traducido a varios idiomas. Es autor de novelas cortas, relatos, obras de teatro y ensayo, y se caracteriza por su estilo muy personal, original y de tipo experimental. A lo largo de su carrera ha recibido numerosos premios y galardones, como el Konex a las Letras, y ayudas a la creación, como una beca Guggenheim en 1996. De entre su obra habría que destacar títulos como *Cómo me hice monja*, *La cena*, *El tilo* o *Los misterios de Rosario*, entre otros, ya que Aira es un prolífico y variopinto escritor.

César Aira

El gran misterio

de

Lectulandia

